

LA CUESTIÓN RACIAL EN CHILE

El tema del Nacionalismo suele ser abordado con una ligereza terrible; como si se tratara de una banalidad o una anécdota más en la vida de los hombres. Esta pésima costumbre se acrecienta cada día más gracias al deliberado intento por disminuir el amor a la patria, lo cual se expresa de diversos modos, algunos más evidentes que otros, pero todos igual de eficientes a la hora de asesinar aquellos bienes tan preciados para los seres humanos como los son nuestra raza, historia, cultura y sus derivados. Esta sociedad desenfocada ignora peligrosamente lo que es realmente el Nacionalismo y hasta se llega a su absoluto repudio por considerarlo "una idea llena de odio hacia el resto de las personas", o "una forma de vida anticuada que reivindica valores que están fuera de lugar y tiempo".

Nada más equivocado que eso.

Desde que el hombre se torna sedentario y comienza a vivir en sociedades que se desarrollan de un modo cada vez más complejo, hasta culminar en la construcción de ciudades y posteriormente imperios, ha existido alguna amenaza, no sólo de interrumpir aquella evolución cultural y social, si no que también de destruir todo lo creado hasta ese momento. Hayan sido internos o foráneos, los peligros acecharon la armonía de las sociedades humanas desde un comienzo y el hombre comprendió, a través de la historia, que el arma más eficiente y universal para combatir aquellos males, descansaba en él mismo, en aquellos sentimientos de amor a lo construido por sus semejantes, en el fuerte lazo de pertenencia a algún territorio y a su pasado. La solución se manifestó en el Patriotismo.

Posteriormente, aquella virtud que se expresaba sólo como un sentimiento, pasó a constituir una nueva idea del mundo, y por medio de una consiente o tal vez inconsciente y paulatina elaboración, se dio lugar a una concepción fundada en el elemento Nación. Esto dio lugar al Nacionalismo.

Si bien el uso de este concepto se remite sólo a Europa a lo largo del siglo XIX, este tuvo ciertas manifestaciones previas, que talvez no fueron usos masivos o aplicados con la magnitud que posteriormente se apreciaría, pero que sí representan ciertos preludios de trascendencia. Desde entonces, el Nacionalismo se constituyó, ya no como puro sentimiento, si no que como una filosofía, aunque sin doctrina inmutable

y más bien variable entre la aplicación de un pueblo y otro; que idea modos de conservación de sus rasgos distintivos, es decir, de su identidad; además de velar por la independencia de la nación frente a cualquier agente que vulnere su autonomía.

A partir del Nacionalismo, se buscarán las soluciones a los problemas que afecten a la Nación, lo cual demuestra un evidente cambio en el paso del Patriotismo, que sólo conformaba un sentimiento de amor hacia la tierra propia, a algo nuevo, una ideología, es decir, una concepción más acabada y constituida por una serie de ideas fundamentales con las cuales se pretenderá crear modos para transformar la realidad. Es por esto, que Nacionalismo centrará su defensa principalmente en aquellos elementos que conforman la identidad de las naciones, pero además, valiéndose de la consideración de los pueblos, ya no solamente como agregados de individuos, si no que como agrupaciones comunitarias que establecen lazos fuertes entre el conjunto y cada uno de sus miembros.

Ahora bien, si la historia, la producción cultural y todo aquello que brinda existencia a un pueblo, siempre serán del interés del Nacionalismo, es evidente que los autores de dichas obras también competirán al trabajo del mismo.

Entonces, si reconocemos que los seres humanos son seres vivos, y que forman parte de la Naturaleza que los impera con sus reglas "aristocráticas", también reconocemos que los variados grupos de seres humanos son diversos entre sí, por lo tanto sus obras nunca podrán ser idénticas, ni entre miembros del mismo grupo y muy difícilmente entre agrupaciones distintas; lo cual se debe a la singularidad que presentan los individuos que se comportan de acuerdo a la Naturaleza.

Si nos amparamos en el principio de que no es posible la repetición exacta de los individuos dentro de la Naturaleza, es evidente que todo acto que provenga de los seres vivos, gozará de la misma singularidad que su autor. Sin embargo, aquella singularidad si bien es constante, se ve atenuada por ciertas categorías que la Naturaleza ha establecido dentro de las mismas especies, y que permiten apreciar ciertas conductas y obras con características relativamente semejantes dentro de los individuos que comparten pertenecía a alguna de dichas categorías.

Aquellas categorías son las razas.

Las razas corresponden a divisiones dentro de una misma especie y que se expresan como diversos grupos dotados de características fenotípicas y psicológicas que permiten diferenciar a estos grupos entre

si. Además de las diferenciaciones anteriores, las razas gozan de determinadas características espirituales, lo cual se puede apreciar en los valores morales y las virtudes, que acentúan aún más las distinciones entre una raza y otra. Lo anterior no es menor, ya que una diferenciación basada sólo en factores materiales no permite apreciar la verdadera trascendencia de esta distinción racial.

Es por esto que es imposible concebir un Nacionalismo que se desentienda de la idea de raza, porque no puede evadirla concentrándose en la obra, en la historia o en las costumbres de algún pueblo e ignorar las características propias de los individuos que lo integran.

Más allá de la moral, las distinciones raciales son una realidad, y eso se evidencia claramente cuando nos dejamos de especulaciones e hipótesis ciertas o falsas y nos introducimos en el estudio de la historia misma de las naciones: aquel testimonio prístino en el cual se permite un fácil contraste entre los avances de algún pueblo en un determinado momento de su existencia, la decadencia de otro por alguna determinada causa, el surgimiento de distintas expresiones de identidad a partir de un mismo pueblo, etc.

La historia de los pueblos revela el desarrollo que estos presentan, que es fruto de aquel importantísimo factor: el espíritu; porque si bien las razas pueden manifestar distinciones fenotípicas claramente visibles, en ellas no descansan, ni el fundamento de dicho progreso, ni el lazo de pertenencia a alguna agrupación. Afirmar lo contrario, no sólo sería dar una interpretación MATERIALISTA de concepto raza y por consiguiente de la historia de los pueblos, si no que también se asentaría en que el Nacionalismo tiene origen en una pretensión por defender bienes meramente materiales, cuando se aprecia claramente que el Patriotismo, como base del Nacionalismo, es un valor fundado en lo espiritual.

Aunque el espíritu siempre cuenta con una manifestación física de sí mismo, que hace las veces de "representación material" del mismo y que posee una singularidad semejante a la del espíritu al cual expresa, siempre será la esencia racial intangible la que goce de mayor relevancia. Y esto es un hecho claro, puesto que la esencia que una nación conserva a lo largo de la historia no puede provenir de algo tan susceptible de ser alterado y destruido como lo es la materia, en cambio, el espíritu de los pueblos puede conservarse y expresarse a lo largo de la historia, produciendo manifestaciones físicas variables según los tiempos o el entorno(entendiéndolos como factores materiales muy

vulnerables al cambio), que sin embargo, conservan una esencia homogénea y pura durante la existencia de la nación en cuestión. Esta conservación de la esencia que descansa en la raza, si bien no es vulnerada por factores puramente materiales, sí puede verse afectada por medio de la intervención de otras esencias distintas en su cuerpo natural. Esta modificación que sufre la esencia, inevitablemente da como resultado un producto distinto de los factores originales, y que no participa plenamente del alma primigenia de la que si gozaban aquellos individuos que no se vieron afectados por dicha transformación.

De acuerdo a lo anterior, no podríamos pensar en aplicar un Nacionalismo que evada tratar el tema racial, debido a su trascendencia histórica y cultural. La aplicación de Nacionalismo en Chile, además de no tener una amplia y correcta difusión, no suele contemplar este aspecto tan fundamental para todos los grupos humanos.

Actualmente en Chile, frecuentemente se echa mano a la autoproclamación como "defensor de la nación", tanto como bandera de lucha de algunos grupos reducidos, o como argumento en el discurso de uno que otro político demagogo que asegura "velar por el interés del pueblo y de su desarrollo...." pero ignorando que aquella labor sólo es realmente reconocida por una sola concepción, de la cual dicho político desconoce absolutamente, y sobre todo la relevancia de su factor racial. Entonces, si para una óptima aplicación del Nacionalismo se requiere de la correcta consideración del factor racial,

¿Cómo se debe considerar CORRECTAMENTE a la raza que corresponde a Chile?

Para identificar la respuesta a esta pregunta, es necesario remontarse a los inicios de nuestra historia.

La presencia de europeos en el territorio que hoy corresponde a Chile, marca el inicio de la conformación de la nación Chilena. El momento exacto en que se concreta este hecho, continúa siendo objeto de discusión, puesto que, si bien la gran mayoría afirma que ésta se da con la llegada de Diego de Almagro en 1536 (lo cual es conocido actualmente como el Descubrimiento de Chile), hay quienes atribuyen este hecho a diversos navegantes anteriores a aquel. Una de estas hipótesis sostiene que Chile habría sido reconocido por Hernando de Magallanes.

Sin embargo más allá de las especulaciones y diversas teorías, contamos con un antecedente más certero a partir de la llegada de

Almagro, es decir, hace por lo menos 470 años, cuando se habría iniciado el primer contacto efectivo entre el conquistador español y los habitantes que pertenecían a los pueblos originarios de la América precolombina.

El proceso de conquista en Chile, que se inicia a partir del arribo de Pedro de Valdivia, trae consigo que en el español surja un fuerte apego a la nueva tierra, al punto de desear instalarse en ella sin intención de retornar al viejo mundo. Elocuentes son las palabras del mismo Valdivia quien en una de sus cartas a Carlos V en 1545 le señalaba:

"Que se guarde de enviar de España o del Perú capitán que me perturbe, porque la tierra es tan vidriosa que se quebraría, y el juego no se podría tornar a entablar en la vida".

Este afán de los conquistadores por permanecer en América, sin importar las adversidades que se les oponían, produjo con el tiempo también un intercambio cultural entre europeos y los habitantes que se encontraban habitando el territorio al momento del descubrimiento del Nuevo mundo. Esto derivó en la mezcla racial, que con el transcurso de los siglos conformó a una parte de la Nación Chilena.

Este nuevo individuo, cuyos progenitores fueron el conquistador europeo y la mujer indígena, es conocido como mestizo, aludiendo a la mezcla de ambas razas. Sin embargo, aunque la mezcla efectivamente tuvo lugar, esta no constituyó la presencia armónica de ambos aportes raciales en el nuevo individuo, más bien otorgó la preponderancia a uno de ellos, el cual se reconoció como dominante por sus manifestaciones físicas y psicológicas, evidentes en aquel ser. De este modo, la sangre europea fue la predominante, aunque no identificándolo al nuevo individuo como idéntico al conquistador progenitor, ya que el aporte de la sangre indígena si bien fue recesivo, en aquel tiempo continuaba siendo muy fuerte debido a que la mezcla había sido reciente y lo suficientemente activa como para generar distinciones entre el mestizo y el hombre puramente europeo (elemento racial europeo o caucásico). En este momento exacto es cuando surgen las distinciones entre cada uno de los pueblos que se originan producto de la llegada del europeo a los países de América Latina, revelando así que los habitantes originarios del Nuevo Mundo no eran todos iguales; existían diferencias lingüísticas, culturales, y raciales que permitirían diferenciar posteriormente a los habitantes de una nación y de otra. Por esto es que se entiende que la mezcla que se produjo entre amerindio y europeo, a lo largo del nuevo continente, no dio siempre el mismo resultado, si no que varios y muy distintos entre si.

Un ejemplo claro de esta situación, y que se proyecta hasta el día de hoy, es el resultado de la mezcla entre el elemento europeo y el incaico (de constitución preferentemente aymará y quechua), lo cual conformó a las actuales naciones que actualmente son limítrofes con la nuestra por el Norte. Aquella mezcla dio lugar a un individuo mestizo, pero con características notablemente diferenciadas de las que poseía el mestizo que se originó en Chile, ya que el producto de aquella unión racial, en las tierras que actualmente corresponden a Perú y Bolivia, otorgó la predominancia al pueblo aborígen y así, se preservaron los rasgos del amerindio muy por sobre los del español; prácticamente absorbiendo por completo el aporte de sangre europea.

El nuevo individuo que en Chile había surgido, era relativamente distinto a sus progenitores, pero además de aquel cambio que la mezcla había originado, el transcurso del tiempo, y los años de vida en la colonia Hispánica, contribuirían a que nuevas transformaciones tuviesen lugar en él.

La constante reproducción entre los seres originados de aquella mezcla, permitió que ciertas particularidades de estos sujetos comenzasen a homogeneizarse entre la población. Esto terminó por producir un constante distanciamiento entre el primer producto que se originó de la mezcla hispano-indígena y el nuevo hombre que se abría paso paulatinamente en la historia de Chile.

De este modo se comenzó a conformar una IDENTIDAD NACIONAL.

Esta homogeneización dio por resultado la conformación de un individuo con características físicas y psicológicas determinadas, tan arraigadas como aquellas que identificaban a cada uno de sus padres raciales y que por lo tanto, se transformaron en una herencia constante dentro de las generaciones posteriores. Durante este proceso, también se produjo una reducción notable de la presencia de la sangre indígena; situación que se intensificaría con el transcurso del tiempo, permitiendo así que el predominio del aporte español, se acentuase más. Lo anterior tuvo como consecuencia que el indígena ya no perpetuase su raza por medio del nuevo individuo, (que ahora lo entenderemos como CHILENO), ya que con el tiempo, en lugar de conservarse los rasgos físicos y psicológicos del aborígen, éstos se "desvanecieron" y cedieron lugar a la sangre que aportó el hombre europeo. Este proceso nunca culminaría en un renacimiento un hombre idéntico al que arribó en la Conquista, de su cultura o derivados, ya que esta sangre que ganó participación en las nuevas generaciones, se expresa a partir de un pueblo inserto en un contexto distinto al que rodeó al español y a través de elementos

diversos que la misma historia del pueblo ha adquirido a lo largo de su vida. Además, se debe recordar que aquellos sujetos que son producto de la mezcla de dos razas distintas, nunca participarán absolutamente (por lo menos cuando la mezcla fue reciente) de la esencia que poseían sus razas progenitoras, y debido a esto, además de otros factores, surge aquella diferencia notoria entre el Chileno y el español, como un elemento de relevancia presente en nuestra identidad.

La conformación de esta identidad, demandó un largo proceso de evolución, en el cual el mestizo, progresivamente, dejó de ser tal, porque desaparece la dualidad de aportes raciales que se expresó en los primeros hijos de indígena y español.

Este individuo Chileno, se constituye ahora por un predominio del aporte europeo, que se impone por sobre aquella herencia menos apta para conservarse por si misma, es decir, aplicando una ley de la naturaleza consistente en nada más que en la supervivencia del más capaz por sobre el que lo es menos.

Esta identidad que se ha conseguido a través de este largo trayecto de más de 400 años, nunca dio lugar a una RAZA, en sentido estricto de la palabra. Tal vez pueda utilizarse la expresión "raza chilena" con cierta libertad para llamar con este concepto a la identidad Chilena, pero la verdad es que el producto de la evolución natural en la composición racial de la nación, parece más inclinado a reconstruir las características propias de una de sus razas progenitoras (europoides), que a dar lugar a una categoría de individuos aislada de las demás. Y debido a esto, es que la lucha por la reivindicación de alguna "raza chilena", se presenta como absurda, tanto como el combatir en nombre de algo que no existe más que en las fantasías románticas de quienes, tal vez con la mejor de las intenciones, elaboraron para si en sus mentes con el fin de explicar ciertas situaciones.

La progresiva estabilización de una identidad racial como la que hoy poseemos, no es un logro menor, ya que muchas personas creen que por el hecho de que en sus comienzos Chile vivió un proceso de mestizaje entre dos razas, no existiría ninguna raza definida a la cual se deba respetar, y por lo tanto defienden la multiracialidad dentro de la misma nación, promoviendo inmigraciones de diversas zonas del mundo. Una actitud como aquella no es más que un atentado a los siglos de evolución por los que nuestra sangre ha combatido. Ha sido ella misma, el vehículo de la cultura por excelencia, que ha conservado aquella herencia que le es necesaria para perpetuar la vida de una nación. Por lo tanto, el intervenir dicho logro de siglos de combate silencioso llevado a cabo en el interior de los chilenos, y que hoy

podemos apreciar como una notoria victoria, no es más que la destrucción de la Naturaleza y la violación de nuestra existencia como unidad orgánica.

Este crimen es simplemente motivado por ideas a las que se les suele llamar "morales", y que en su cumplimiento, no son más que una destrucción legitimada de un tesoro que ningún enemigo ha logrado vulnerar aún. Es allí, en aquellas moralinas venenosas, en donde descansa un arma que destruye el valor fundamental originario de la existencia de todo pueblo a lo largo de la historia y de la principal guardiana de la cultura: la Raza.

También se suele considerar teorías foráneas respecto a la inferioridad o superioridad de una raza por sobre otras y se tiende a pensar que el contacto de nuestro pueblo con aquellos reconocidos como virtuosos por ciertas doctrinas, produciría una asimilación de las bondades con las que están dotados los miembros de aquellas Naciones.

A lo largo de nuestra historia se ha tendido a ingresar elementos europeos, en muchas ocasiones para colonizar sectores despoblados en el territorio y otras veces para conseguir impulsar la industria en ciertos momentos, tal y como ocurrió con la Ley de inmigración selectiva de 1845 durante el gobierno del Presidente Manuel Bulnes (con la que se llamó a alemanes para colonizar tierras al sur del país) y también en otros momentos posteriores. La mayor parte de aquellas medidas fueron exitosas y lograron las expectativas esperadas, pero inevitablemente con la presencia de individuos foráneos, se dio una mezcla racial, la cual no alteró considerablemente la composición étnica general de nuestra nación, ya que la tendencia de ésta era la conservación del elemento europeo que provenía desde las primeras mixturas, dándose así una situación de cierta semejanza racial que permitía la perpetuación de los rasgos comunes que se compartían entre los pueblos que inmigraban desde Europa y lo Chilenos. Sin embargo, aunque estas mezclas no insertaron elementos marcadamente ajenos a los que se daban en Chile antes de la llegada de estos inmigrantes europeos, lo que sí modificó a la nación considerablemente y de un modo negativo, fue el ingreso de las costumbres, de las formas de vida, y de las culturas en general, que terminarían por sustituir a aquella que se había iniciado y evolucionado a través de los años de nuestra historia.

Las populares modas que tenían cierto éxito y prestigio en Europa, se consideraron como válidas también para Chile durante los siglos de la Colonia, y luego de manera muy notoria, durante en el siglo XIX, a partir de la emancipación, y que culminó en un favoritismo por las

producciones Inglesas y en un Afrancesamiento de la sociedad aristocrática que trascendía desde las ropas y perfumes, hasta las formas de gobierno. Aquel fue el principal problema que generó el contacto entre el Viejo Mundo y nuestro pueblo en desarrollo hacia la independencia. Fue un costo alto, si se considera que de este modo se tendía a remplazar las tradiciones y cultura Hispana, por otras ajenas ,y además ,a insertar formas de gobierno de las que esperaban el mismo éxito que se había apreciado en Europa, sin considerar como variables fundamentales el hecho de tratarse de realidades culturales e históricas absolutamente distintas.

Nuestra Nación cuenta con bondades propias y no necesita de la mezcla con ningún otro elemento externo a ella. Por lo demás, las virtudes que caracterizan a nuestro pueblo han sido adquiridas gracias a la misma evolución que le ha acompañado desde que nace el primer mestizo indígena-español, las cuales hasta el día de hoy se pueden percibir, aunque en menor medida, ya que el medio en que está inserto este pueblo es inadecuado para obtener un ejercicio pleno de los dotes que posee y no goza.

El entorno Natural en el que se lograba desenvolver en plenitud un determinado individuo de nuestra Nación, hoy no existe o se encuentra absolutamente atrofiado, porque el clima social y político actual ya no es favorable para el desempeño óptimo de nuestra Nación, es más, el medio tiende a sofocar rápidamente a las virtudes naturales del pueblo Chileno, en su intento por resurgir entre la constante adversidad que las aprisiona.

La homogeneización racial que se logró de la evolución de nuestra nación, permitió que las diferencias físicas y psicológicas entre un individuo y otro, dentro del pueblo chileno, fueran cada vez menores; así se logró que la identidad nacional paulatinamente se arraigara en el pueblo.

La homogeneización psicológica se ha percibido como efectiva, puesto que, entre un chileno y otro existe semejanza en las conductas, de acuerdo a los distintos tiempos en que se ha vivido. Son rasgos que para bien o para mal, caracterizan a nuestro pueblo y que se vienen definiendo desde hace ya bastante tiempo, o por lo menos desde que Don Diego Portales los consideró al captar aquel perfil nacional a partir del cual elaboraría el gobierno idóneo para semejantes individuos. Entre aquellas características, está la que fue originada por lo que nuestro sabio ministro llamó "el peso de la noche", es decir, el principio de respeto a la autoridad por el hecho de ser tal, debido a la carencia del colectivo Chileno de una iniciativa eficiente a la hora de comandarse a si

mismo, y la tendencia a orientarse según alguna voluntad considerada superior. He ahí, el porqué el pueblo Chileno tiende a concretar sus manifestaciones por la influencia de personajes capaces de cautivar y dirigir, los cuales no siempre son talentosos en ello, pero cuyo éxito se explica por la propensión del pueblo Chileno a seguir el sendero de quienes se hacen notar más. Es de este modo que las revoluciones consiguieron su éxito y trascendencia: ya que la mayoría de quienes luchaban en ellas, muy difícilmente comprendían cabalmente el sentido de la lucha, y no contaban con el carácter autodidacta y racionalista que en Europa se manifestó en círculos intelectuales, siempre críticos de su entorno, y que permitió que en Chile se obedeciera siempre y en un único sentido, nunca en miles.

El chileno solía guiarse por la ruta trazada por quien contaba con los medios para imponer LA AUTORIDAD: ese tan cuestionado lazo entre un chileno y otro que este mundo actual intenta renegar, y demostrar como opuesto a la Naturaleza del chileno. Y esto no es de extrañarse, si a lo largo de nuestra historia fueron las profesiones de marcada jerarquía y autoridad las que dieron forma a nuestra identidad, tales como la abogacía, la milicia y el sacerdocio. La psicología de nuestro pueblo busca la autoridad y no la excesiva "libertad" que hoy en día se piensa como la tendencia instintiva de nuestra nación, sólo por el hecho de que este maldito vicio es visto hoy en día como un "valor" benéfico que los países deben defender ante todo. Pero en el incomprensible capricho por satisfacer esa libertad, en lugar de beneficiar a la nación, se le destruye, y a su vez, se la priva del principio fundamental en el cual se ha construido nuestra buena historia, que es El principio de Autoridad, es decir, la obediencia total a la autoridad sólo por ser tal. De este modo, se le hace parecer, ya no como el bien al que Chile tiende por su sola Naturaleza, si no que como un elemento externo a nosotros, como nuestro antagonista, nuestro veneno.

Aquellas particularidades que la homogeneización psicológica ha brindado al pueblo Chileno, sólo son explotables en la medida en que se le gobierna con la autoridad correcta, considerando que el aporte europeo es el que prima, y entendiéndolo a nuestros ancestros, como súbditos de un rey (o autoridad fuerte y centralizadora) y no un sujeto de vida democrática, amplio en peligrosas libertades, es decir, se debe gobernar de acuerdo al carácter natural del individuo.

Por otra parte, la homogeneización física es evidente a la simple vista. Ya no abundan las existentes diferencias fenotípicas como las que pudieron presentar en algún momento un araucano y un conquistador durante el siglo XVI, si no que más bien, hay una serie de características

que son las más comunes entre los chilenos y que responden claramente a un predominio de la sangre europea por sobre la indígena. Sin embargo, el fenotipo del chileno no es puramente europeo, porque presenta ciertas huellas del mestizaje que se arrastran desde algún momento de nuestra historia.

La evolución de la sangre chilena tiende en un sentido favorable a preservar el aporte europeo, sin embargo, hay sectores de la población que han conservado su cantidad de sangre indígena inalterada o hasta incrementada producto de una continua mezcla con indígenas. Esto ha tenido por resultado que ese progreso natural que la sangre realiza por si misma, sea interrumpido por el ingreso de elementos que ya habían sido diluidos con el tiempo de evolución. Esto explica sólo en parte, la dificultosa homogeneización tanto física como psicológica, ya que aunque el predominio de los rasgos fenotípicos tiende a ser de tipo europeo, esto no se expresa de un modo idéntico en cada individuo. Es por eso que se perciben ciertas variaciones en distintos casos, pero cuando las diferencias son muy evidentes, se entiende que es producto del ingreso reciente o preservación de un factor foráneo a nuestra composición racial. Además, este problema se acrecienta cuando los individuos que habitan en comunidades que se desenvuelven bajo modos de vida propios de Europa Occidental, (como ocurre en la mayor parte de los sectores urbanos de nuestro país, producto de la herencia cultural) no cuentan con el perfil psicológico adecuado para convivir armónicamente y desempeñar sus actividades cotidianas con normalidad, debido a que la esencia que en ellos prima es la indígena con, todos los aspectos que esta condición conlleva, los cuales dificultan al sujeto una correcta inserción en dicho medio. Ejemplos de esta situación son el carácter agresivo y rebelde que impera en los individuos que constan de origen y vigencia del aporte indígena en si mismos. Este es un impedimento de relevancia para lograr una correcta convivencia entre chilenos y un sujeto de sangre primordialmente indígena, y más elocuente es aún si se pretende que este último respete y acate el mandato de autoridades o de algún ordenamiento jurídico, por ser aquellos elementos, extraños a la cultura indígena en Chile.

Todas las razas poseen un determinado aspecto físico constante que permite diferenciarlas externamente de los demás individuos, y que además adopta ciertas características que favorecen la presencia de los individuos insertos en un determinado clima. Sin embargo, esto último no puede ser el causante absoluto de las diferencias entre un pueblo y otro, como sí lo postulan ciertos autores que defienden la teoría de los "clines", que consistiría en la modificación del fenotipo de los individuos a partir de factores medioambientales, considerando a esto como el fundamento de la existencia de las razas.

La raza implica mucho más que diferenciación física entre individuos, porque a ella también subyacen diferencias espirituales que no se explican simplemente por variaciones climáticas. Es por esto que se debe considerar al alma de las razas como la causante principal, (pero no absoluta) de la diferenciación que existe en el mundo físico entre una y otra, es decir, entendiendo al fenotipo como una consecuencia del factor más trascendental en el universo: el espíritu.

En un principio, la manifestación física de las razas solía ser fiel al alma que poseía cada una, permitiendo reconocerlas en su ser a partir del simple aspecto de éstas, pero esta situación cambia cuando se producen mezclas raciales, que cortan aquel lazo entre el espíritu de los pueblos y su respectiva manifestación física, dificultando así la claridad a la hora de querer determinar cuál es la esencia auténtica en un pueblo. Esto se consigue dilucidar luego de que la sangre dominante se revele como tal y el elemento restante sea reconocido como foráneo, en un proceso cuyo resultado final se obtiene tras un tiempo variable de evolución de los pueblos en aquella situación, que puede depender según el grado de mixtura que tuvo lugar y las razas que fueron mezcladas.

Al igual que la esencia de los pueblos que han presentado mixtura racial, que para reconocerse en su forma espiritual requieren alcanzar la reestabilización de la sangre dominante, el fenotipo demanda vivir similar proceso y por semejante tiempo. Pero se debe considerar siempre que la fragilidad de la materia no se compara a la que puede presentar el espíritu; es decir, los cambios que se producen en el fenotipo de un individuo originado de la mezcla de razas, han de requerir de mayor esfuerzo en la decantación de los rasgos foráneos para que la forma material de una determinada sangre imperante alcance a ser la expresión fiel del espíritu que predomina en el ser del mismo. Es por esto que en cuanto al aspecto físico de los individuos de la nación chilena, si bien se aprecia una constante homogeneización del fenotipo, esta aún no es absoluta, o semejante a la que pueden poseer otros pueblos de mayor edad. Esto es lo que nos impide, por ahora, reconocer en el chileno a un único conjunto de características físicas, puesto que las huellas del mestizaje inicial aún se conservan en parte de nuestra población, situación que puede ser mejorada si se frena la mezcla racial de los chilenos con aquellos pueblos que no son semejantes a nosotros y se permite que la sangre que ha sido vulnerada retome el rumbo natural hacia el cual está orientada.

Ahora bien, considerando la materia como un elemento finito y frágil, y reconociendo a su vez que el cuerpo humano es también materia, no debe entregarse excesiva relevancia a aquel vehículo que es mero

continente del alma y virtud del ser. Jamás debe considerársele como un fin en si mismo o como el antecedente más fidedigno respecto al origen de un individuo, si no que como el medio con el cual los individuos pueden desenvolverse en un mundo que en parte, responde a un sistema basado en leyes físicas. Para reconocer el real origen de un individuo, debe atenderse antes a aquel medio de expresión del espíritu del ser, es decir, las conductas y las creaciones que el sujeto manifiesta. De este modo nos acercaremos más al verdadero núcleo espiritual de aquel ser al que se desee comprender, porque es en el espíritu en donde están contenidos los rasgos más diferenciadores de las razas y que gracias a su carácter intangible, no se vulneran tan fácilmente como si ocurre con la materia.

Existen quienes sostienen que la mezcla entre español e indígena habría conformado un individuo dotado de ciertas virtudes heredadas de cada uno de sus progenitores, en cambio, otros sostienen que el mestizaje que tuvo lugar en los comienzos de nuestra historia no habría sido más que un error y que no habría virtudes originadas de aquella mixtura. Como sea, la apreciación que se le dé a tal hecho no debe impedirnos ver la realidad; por ejemplo, quienes reconocen virtudes a partir de la mezcla inicial, sostienen que el talento guerrero con el que cuenta la nación chilena, provendría del aporte indígena, muchas veces desconociendo que el pueblo español también gozaba de una fuerte tradición guerrera, evidenciada claramente en su resistencia a la ocupación morisca o en su expansión como imperio español.

Los indigenistas que defienden al amerindio como legítimo dueño del territorio de Chile, suelen sindicar al español como criminal, destructor de los pueblos originarios, y el responsable de la inserción de todos los vicios en estas tierras. Pero aquel odio irracional, engeguece al punto de ignorar el aporte cultural de gran magnitud que el conquistador legó a nuestro pueblo y el notable desarrollo con el que hizo surgir a una tierra que yacía abandonada y atrofiada por su reposo milenar.

El hombre araucano, por ejemplo, por su indisciplina; rechazo al trabajo doméstico y agrícola, que era entregado casi absolutamente a la mujer; y por su carencia de talento creador de tecnología, nunca habría podido siquiera establecer un Estado, ni mucho menos un imperio, por lo que sería imposible pensar que nuestra victoriosa historia y avances económicos, militares y políticos que en ella se aprecian, sería la misma o superior a ella, si el español nunca hubiese conquistado este noble suelo. El hombre español, y europoides en general, fueron los principales autores en la construcción, tanto de la cultura como de la Nación en sus aspectos físicos y sicológicos ya mencionados, por lo tanto, no puede considerarse como un usurpador de tierras, porque

aquel territorio del cual tomó posesión fue honrado con cultivo y con historia; con familia y valores, todo lo cual terminó por justificar absolutamente la presencia del navegante que motivado por diversos ánimos; desde el afán de riquezas, hasta el deseo de aventuras, queriéndolo o no, terminó por contribuir a la construcción de un pueblo y un Estado que hoy nos pertenece.

Si el indígena nos legó alguna virtud, aquella sólo pudo ser aprovechada por nosotros en la medida en que la sangre indígena estuvo subordinada a la sangre europea, de este modo, aquellos aspectos del amerindio cuya conservación habría sido perjudicial, o por lo menos contraproducente a la hora de establecer un Estado, fueron absorbidos por el aporte europeo y así, fueron estos últimos los que primaron en el nuevo ser. Todo lo anterior, a modo de un filtro que habría desechado ciertos rasgos negativos, y conservado otros positivos, que en este caso, serían las virtudes que según algunos personajes, el araucano nos habría legado. Ese sería el único modo lógico de comprender aquel postulado, ya que pensar en un pueblo Chileno construido principalmente a partir del aporte indígena y que conservaría también los rasgos físicos y psicológicos que en un principio poseía dicho pueblo, nos daría por resultado la evocación de la imagen de nuestros vecinos limítrofes que habitan al Norte de nuestra Patria, quienes se acomodan perfectamente a aquella descripción y cuya obra histórica está lejos de asemejarse a la que hemos plasmado nosotros.

Esta concepción de la situación racial chilena no subestima ni sobrevalora a ninguno de sus progenitores, simplemente da a cada uno de ellos la importancia que le corresponde, de acuerdo a su contribución en la conformación de nuestra realidad. Además, no se debe olvidar que la ficción de la "igualdad" debe ser siempre reconocida como tal y jamás aplicarse ni siquiera en algo, aparentemente tan inofensivo, como lo puede ser reconocer las contribuciones de uno u otro pueblo en la conformación de semejante obra, de lo contrario, se perpetuaría un engaño y se viviría de acuerdo a mentiras que tarde o temprano traerían la destrucción del pueblo.

El reconocer el mestizaje que tuvo lugar al principio de nuestra historia, exige también reconocer que de aquella mezcla se obtuvo un producto con unas características y no otras, y que además dicho producto ha sufrido transformaciones que han permitido la existencia de nuestra nación como la conocemos hoy.

Por ende ,en Chile, la defensa racial hacia la cual debe estar orientado el Nacionalismo(el cual es inconcebible en la práctica sin su sentido

Socialista, intrínseco a la noción tradicional de Nacionalismo; es decir, de dirección hacia el desarrollo de la comunidad de aquella nación) se debe centrar en aquel valioso individuo en el que se refleja el predominio de aquella raza que la Naturaleza determinó como el más favorable para componer a nuestros habitantes. Aquel hombre, cuyo ser representa el triunfo de la sangre española, y de sus hermanos europoides, por sobre la indígena, determinándolo a Él como el único al cual se le deba considerar heredero de su historia y de todos sus triunfos, además de ser también Él, el primer llamado a solucionar los males que aquejan a su patrimonio material y espiritual.

Aquel individuo es el hombre Chileno.

Aquel es un hombre que si bien no representa a la totalidad de quienes habitan este territorio, conforma a la parte más importante, numerosa y virtuosa de nuestra nación, pero cuya existencia se encuentra amenazada por la degeneración de su medio y la mezcla racial con individuos que le impedirán progresar en su evolución natural.

Nuestro pueblo Chileno es de origen racial esencialmente europeo mediterráneo, semejante a los pueblos del sur de Europa, pero cuya principal diferencia radica en que nosotros hemos tenido que lidiar con un mestizaje (el cual es relativamente reciente en nuestra historia, si comparamos los siglos de existencia de nuestra nación y las del Viejo Mundo) que le ha impedido consagrar la homogenización racial de manera más efectiva y cuya consecución requiere de un cuidado inmediato de éste factor.

En la medida en que los talentos creadores de nuestro pueblo logran ver la luz, se manifiestan claramente éstos, a través de la creación de buena cultura y del cumplimiento de altas metas; pero para esto se requiere que el alma nacional se exprese en su más sana pureza, sin influencias externas ni internas que le desvíen de su constante progreso, para que así, ella se pueda desenvolver como la protagonista en su escenario, libre de cadenas asfixiantes. Allí se encuentra la razón (racial) de porqué nuestro progreso cultural no ha alcanzado las magnitudes que los pueblos mediterráneos en Europa consiguieron en su momento. Nuestra nación y territorio aún son jóvenes, y serán el tiempo y el cuidado correcto, los factores fundamentales para que consigamos, nunca una igualdad ni menos una imitación, pero si una muy semejante calidad cultural y estabilización de la identidad consagrada de modo cada vez más permanente.

Lo justo, sería que todo pueblo defienda su raza y su cultura con el fin de preservarlas, para que quienes en el futuro formen parte de ellas, sean conscientes de que unidos a sus semejantes, integran y dan vida a formas de existencia superiores. Es por esto que no se puede esperar que un pueblo defienda una raza ajena a la propia. Nadie debe velar por la existencia de otra nación priorizando por sobre la propia, si ni siquiera sus individuos Naturales son capaces de proteger su integridad.

En síntesis, se debe reconocer a la **raza blanca mediterránea** y a la cultura hispana como los dos grandes regalos con los que fue honrado Chile al momento de la Conquista, elementos que además, permitieron despertar a una tierra que no era nutrida del modo adecuado por quienes fueron sus primeros habitantes. Ambos bienes se modificaron durante los siglos de nuestra existencia, conformando cuerpos diferenciados de los iniciales, lo cual daría lugar en el futuro, a aquella pluma única e irreplicable que escribe día a día nuestra historia: nuestra identidad Nacional.

Por otro lado, aquellos grupos de origen indígena que aún permanecen en Chile, deben recibir la protección adecuada por parte de quienes dirigen el Estado, ya que si bien no son integrantes de la nación Chilena, sí forman parte del medio y de un territorio al cual pertenecen, lo cual es motivo suficiente para que aprendamos a convivir con ellos, del mismo modo que lo hacemos con los demás seres vivos naturales a nuestro entorno y que habitan nuestras tierras. Dichos pueblos aborígenes deben ser resguardados correctamente, ya que de otro modo se pone en peligro tanto la existencia de nuestra nación, como la de ellos. Para lograr esto, es necesario que la mezcla entre los pueblos originarios y el nuestro, llegue a su absoluto fin, porque de otro modo, la búsqueda de la sangre chilena por alcanzar su estabilidad se vería interrumpida por la continua intervención de elementos externos a su cuerpo en desarrollo.

Por otro lado, ya hemos visto que la mezcla que se produce entre el elemento europeo y el indígena tiene por resultado, a la larga, la minimización del aporte de este último y su posterior disolución, lo que conlleva a que los miembros de los pueblos originarios sean cada vez más escasos. Esta grave situación se puede apreciar cuando vemos cómo el indígena es diezmado, tanto por las costumbres urbanas modernas que éste se ve obligado a asimilar, como por la mezcla racial. Todo esto en un mundo en el cual no se respeta la identidad de los pueblos como única, y se les atropella con la pretensión de igualarlos a todos a través de tendencias políticas y económicas enfermizas, que dan

lugar al olvido definitivo de ciertas culturas y al asesinato de sus legítimos continuadores.

Todos los chilenos necesitamos con urgencia que se defiendan nuestra identidad y la de los demás pueblos que cohabitan este territorio, a través de gestiones políticas que nos beneficiarían a todos de un modo u otro, y principalmente, en la perpetuación de las culturas de cada nación. Esto debe ser acompañado por la definición clara de los territorios que han de pertenecer a cada pueblo dentro del territorio, que les permita a ellos y a nosotros, una existencia digna y acorde a la Naturaleza que les corresponda a cada uno. Los territorios en donde habitarán los indígenas deben ser otorgados considerando el tamaño de su respectiva población y también la capacidad de explotación que sus habitantes harán del mismo, con el fin de que la tierra chilena produzca siempre los frutos para los cuales es apta. Por ningún motivo debe cederse territorio a los indígenas basándose en la nostalgia producida por los recuerdos de que alguna vez ellos fueron dueños de extensiones de terreno considerables, ya que tomar acciones guiadas por caprichos de reivindicaciones absurdas y completamente contraproducentes para el progreso de los pueblos, puede terminar por dañar seriamente el desarrollo político, económico y espiritual de los demás habitantes. La adecuada explotación que nuestro pueblo dio a esta tierra, su población en aumento, y una guerra prolongada, permitieron demostrar elocuentemente, que frente a las naciones indígenas, el lugar que ocupamos es merecido y acertado.

El Nacionalsocialismo en Chile (que trasciende a la idea del simple Nacionalismo y se perfecciona en una concepción completa del mundo, permitiendo aplicar medidas más eficientes a la realidad de los pueblos), para proteger nuestra Identidad Nacional, debe considerar el elemento racial de acuerdo al modo previamente expuesto, tomando las medidas pertinentes para alcanzar su conservación y por supuesto, su desarrollo. Ignorar semejante situación referente a la raza conducirá en un futuro cercano, a un completo olvido de nuestro auténtico origen y virtudes, ya que es en la raza en donde descansa la cultura y su principal medio de supervivencia.

POR LA DEFENSA DE NUESTRA RAZA Y SUS NOBLES LEGADOS

¡CHILENOS A LA ACCIÓN!